

# Entrevista: Isaac Montero, Premio de la Crítica

*Isaac Montero, escritor madrileño de 62 años, se acaba de hacer con el premio de la Crítica de narrativa en lengua castellana con la novela *Ladrón de lunas*. El premio de la Crítica, aunque no conlleva dotación económica, es uno de los más prestigiosos y anhelados por los autores españoles desde que fue creado en 1956. Además, es un premio que ofrece un gran apoyo en la carrera literaria de cualquier autor. Montero, después de 15 obras publicadas y 30 años como escritor, con *Ladrón de lunas*, tendrá la ocasión de llegar a un público más extenso, cosa que hasta ahora, según su propio jurado, no había conseguido.*

La entrevista la llevó a cabo la Profesora Eufemia Sánchez de la Calle de la Universidad de Marquette, el 29 de mayo, 1999 en Madrid. En la entrevista Montero habla de su novela *Ladrón de lunas*, del panorama literario actual y de su visión de la ciudad de Madrid.

*Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*: ¿Qué representa para tí la concesión del premio de la Crítica otorgado recientemente a tu novela *Ladrón de lunas*?

Isaac Montero: Una satisfacción grande, porque tengo por norma no acudir a premios, entonces, los únicos premios que me pueden conceder son aquellos en los que no me tengo que presentar, y yo creo que son el premio a la crítica y alguno más que pueda haber por ahí. Éste es un libro por el que siento mucho cariño. Creo que me ha quedado bien, pero de poco vale que tú hagas una obra bien hecha, bien acabada, si no hay por parte de los demás un reconocimiento. Esto es lo que yo siento ante el premio. Creo que no añade nada sustantivo, desde el punto de vista de lo que puede hacer ese premio como plataforma desde la que examinar mi obra. Ésta me parece que es la decimoquinta novela, y las reflexiones que yo hago sobre mi literatura, las vengo haciendo desde hace tiempo y confío en seguir haciéndolas también durante tiempo.

*AJHCS*: ¿Podrías hablarnos un poco sobre *Ladrón de lunas*?

IM: Resulta muy complicado hablar de un libro cuando tú lo has escrito. Paradójicamente, resulta más fácil explicarlo cuando no está escrito. Una vez escrito, te quedas un poco perplejo a la hora de resumirlo. Vamos allá de todas maneras.

*Ladrón de lunas* es una novela situada en la posguerra española, en los primeros años, los años más duros, más crueles de la posguerra. El protagonista, es un bígamo a la fuerza, es decir, es un hombre que entra en la bigamia porque se ve forzado a doblar su personalidad, a enmascararse bajo la personalidad de un vencedor para sobrevivir, porque teme que puedan quitarle la vida en ese primer momento de represalias que acompaña al final de todas las guerras. Esta pretensión de salvar la vida, en un hombre que tiene detrás una configuración psicológica de pícaro, incluso una experiencia de buscavidas, propicia unas andanzas que tiene también algo de picaresca, aunque no en el sentido tradicional español, ya que la novela anglosajona está llena de pícaros de altos vuelos. En ese sentido va este hombre. Pero lo fundamental es que al tener que cargar con dos personalidades, la de un vencedor y la suya propia, al tener que cargar con dos hogares, con dos ambientes familiares, con proyectos de vida contradictorios entre sí, este hombre, en cierto modo se está convirtiendo en una alegoría o metáfora, no lo sé muy bien, de las dos Españas que han combatido en la guerra. De tal manera eso es así que, finalmente, el protagonista se llama a sí mismo “los dos Antonios.” La tensión interna del personaje lo lleva a escaparse de España. Cuando este hombre comprende que está tratando de cabalgar una quimera, de dar una solución imposible de sus problemas, se va de España.



Isaac Montero

Al personaje lo está zarandeando la historia, la que estamos contemplando como lectores y la que este hombre trae consigo. Le zarandea la historia porque es el benjamín de una familia humilde y cae en el bando vencido. Tenía toda la lógica del mundo que, cuando estallara la sublevación militar, a él le pillara en Madrid, y sus amigos y toda la gente que le rodeaba estaban apoyando a la República. Metido ya en esa dinámica, va derecho, como chico listo que es, a convertirse en oficial de complemento. Así, le zarandea la historia en cuanto adquiere esas dos personalidades, porque ese periodo de la historia española es un periodo singularmente denso, no sólo por la represión de los vencedores sino porque España está integrada en los vencedores europeos del año 39 y va a ser el único superviviente cuando el eje nazi fascista pierda la guerra. Esa quimera final

que está contando la novela, es que este hombre vencido que se ha camuflado en un vencedor, que anda como puede, mintiendo a sus dos mujeres, temiéndose que vuelvan a ganar los que han sido vencidos en el año 39, pretende invertir el juego de papeles de

sus dos personajes, situar al vencedor como posible vencido. El lado racional de su personalidad, le hace ver que se está matando, que se está partiendo y lo que hace es escapar. Pero como es un hombre mañoso, se enriquece otra vez en su exilio en Hispanoamérica.

Al hilo de esta bigamia, y como ocurre en todas las novelas, el libro aborda una serie de temas. A mí lo que me parece interesante es la impostura. La vida española, a partir del año 39, se cubre de una especie de cosecha de impostores, pequeños impostores en general, y es una cosecha propiciada por las mismas circunstancias de una nación que acaba de salir de una guerra civil. Todo el mundo tiene algo que ocultar de su pasado, todo el mundo pretende conseguir algo en el inmediato porvenir, y para eso hay que acomodar el rostro. Lo que quiero decir con esto es que España está llena de “dos Antonios,” de personajes con doble personalidad, que la viven no con la misma intensidad del protagonista de la novela, pero sí la viven. Se trata de esa gente que es falangista cuando antes era republicana, que no quiere decir cómo pasó de un lado a otro. Esa impostura va a generar un comportamiento social que todavía perdura hoy en la vida española.

La transición se hace a base de imposturas, los personajes que protagonizan la transición democrática son impostores. Salvo unos cuantos que tienen un pasado claro, el resto inventa una reputación para poder seguir navegando en otras aguas. En el plano de lo cotidiano, que es en donde las vivencias dramáticas cuentan más, hay una serie de comportamientos por los cuales todo el mundo está hecho a la idea de que el vecino le va a mentir un poco. No quiero decir con esto que el franquismo haya sido el único momento en la historia de España en el que la gente se ha enmascarado. Nosotros tenemos una buena tradición en ese sentido, y los expedientes de limpieza de sangre son probablemente el mejor ejemplo. Lo que sí quiero decir es que, como consecuencia del triunfo conservador en la guerra civil, y como consecuencia de ese aislamiento de la sociedad española que queda encapsulada durante muchos años, desde el punto de vista político al menos, esas figuras de impostores se van congelando, pero van dejando su huella y un modelo de comportamiento a los que siguen detrás. Este tema de la impostura es uno de los temas que a mí me interesan más. Hay otros temas en la novela de índole dramática, sentimental, y a lo mejor metafísica, pero desentrañar todo eso es complicado. Lo único que quiero añadir es que, en esta novela, los personajes que me han gustado más trabajar, han sido el personaje protagonista, las dos mujeres, el padre de la mujer rica y triunfadora, un personaje muy incisivo, en el sentido que está situado de una manera que explica un arco largo de la historia española y, finalmente, el enamorado de la esposa pobre.

*AJHCS*: ¿Dónde ubicarías esta novela en relación con la trayectoria anterior? Parece que se nota una vuelta al tema de la Guerra Civil española lo que no ocurre en las dos novelas anteriores a ésta.

IM: Las dos novelas anteriores forman parte de un acercamiento a la fauna urbana de hoy. La novela que estoy terminando estos días va ligada a ellas. Les he dado el título *Estampas de interior* porque son relatos no muy largos y tienen el tratamiento y la perspectiva de la aproximación a la intimidad de un personaje. *Ladrón de lunas*, en cambio, está más ligada a otros temas que me han interesado siempre, y uno de ellos es la Guerra Civil. Yo creo que sin examinar lo que ocurre en la Guerra Civil, es muy difícil de explicarse la vida española, la de hoy, la que yo he contemplado. La Guerra Civil fuerza a tirar por elevación, es decir, a contemplar un panorama muy amplio de comportamientos de personajes, de situaciones y de tramas.

Creo que las novelas que forman un territorio mental de relación con el mundo, por el cual los seres humanos tratamos de entender y escapar, al mismo tiempo, lo que nos está ocurriendo, exigen, en ciertos momentos, ese aliento colectivo que tiene *Ladrón de lunas* y que, en otros libros míos, a lo mejor, estaba más fragmentado. Por ejemplo, en la serie *Documentos secretos*, ese aliento colectivo está expresado cuando se toma a la serie en su conjunto. *Ladrón de lunas*, es un cuadro de la sociedad española de la época, aunque, a la hora de elaborar la novela, no me he documentado mucho, por dos razones. Por una parte, el asunto de la Guerra Civil y la posguerra lo he trabajado desde hace muchos años, lo conozco bien. Por otra parte, porque la aproximación a los paisajes, a las situaciones, a los conflictos ha sido muy personal, muy emotiva, muy de gentes y fantasmas y sombras que han circulado por mi memoria siempre. En cualquier caso, es verdad que *Ladrón de lunas* proporciona un fresco, un cuadro de época, y que estas otras novelas más posteriores enfocan más de cerca comportamientos y conflictos individuales.

AJHCS: Como novelista que ha publicado extensamente, ¿cómo explicas que tu nombre no resuene más en el mundo literario español?

IM: Yo no explico nada, eso lo tienen que explicar los críticos, yo qué quieres que te diga. No lo sé. Antes hablábamos de los premios. Desde hace unos años a esta parte parece que los lectores se ganan con premios. Todo aquello que no esté premiado parece que no tiene valor, es decir, la industria del libro ha entrado en una dinámica abusiva por la cual, la definición de los libros como mercancía es cada vez más evidente. Una manera muy clara de subrayar ese valor es el premio. Pero yo no voy nunca a premios. A parte de esos premios iniciales que me han dado, los premios a los jóvenes autores, a los valores que destacan, yo creo que no he tenido más premio que éste. Ésa es una razón. También es, que los temas que a mí me importan y el modo en que yo abordo esos temas, están un poco a contra corriente de las preocupaciones y la sensibilidad de los escritores y de la crítica en los últimos años. Yo creo que es lo que pasa, pero insisto en que, quien tiene que explicar por qué no se ha hecho más caso a mis novelas, son los críticos.

AJHCS: Sobre esta pregunta ya has hablado un poco antes. ¿En qué novela estás trabajando ahora y cuál es el tema?

IM: Dentro de una semana seguramente te lo podría contar todo con mucha facilidad. Ahora no te lo cuento porque estoy corrigiendo el último capítulo y, de toda la vida, tengo una especie de superstición: no hablar de aquello en lo que estoy trabajando. Lo que sí puedo decirte es que está ligada a las últimas novelas, que es un relato de unas doscientas páginas, la historia discurre en nuestros días. Pero dentro de una semana te lo cuento con pelos y señales.

AJHCS: ¿Cómo ves ahora el panorama literario español, y qué opinas de la nueva ola de jóvenes narradores que en el momento están tan en boga y que todo el mundo tiene en la boca?

IM: A cierta edad el mundo nos empieza a parecer mal hecho. Es mentira, es decir, los que estamos empezando a estar mal hechos somos los que vamos cumpliendo años. También debo decir que el valor de la juventud es un valor relativo, como todos los valores, y, no me acuerdo quién decía, que es un estado que se pasa pronto. Pero yo creo que lo que está pasando en la situación literaria española es que hay una exhuberancia desmedida y un no saber por dónde ir. Hay unos cuantos escritores que tienen claro qué es lo que quieren hacer; generalmente esos escritores están ya en la edad de pensar que el mundo está mal hecho, concretamente los que quedan de la generación anterior a la mía, de los años 50. El resto me dan la impresión de que no acaban de decidirse. No se sabe si lo que quieren es conseguir el éxito de los lectores, o profundizar en un tema, o dar con una fórmula fácil que les haga ricos, no lo sé muy bien. Ésto en cuanto a los jóvenes.

Ahora leo menos pero he estado leyendo con mucha atención los chicos jóvenes que salían. Te aseguro que una de las cosas más emocionantes y más cordiales que le puede pasar a un escritor, es tropezar con un escritor nuevo y decir "este hombre tiene talento." Lo mismo que tropezar con un libro y decir "caray, qué bien hecho que está este libro." Me pasa muy pocas veces. He reconocido talento pero no sé muy bien qué es lo que va a dar de sí y tampoco sé muy bien a dónde van a ir. Por otra parte, desde el punto de vista de lo que es la situación cultural, dejando a un lado lo que tiene el mundo del libro de industria, estamos en una situación un poco perversa, desconcertante, y por lo tanto, siembra desconcierto en la gente. Hace poco leía las declaraciones de un viejo poeta, un poeta como hay tantos en el mundo, buenos poetas hay muy pocos, y este hombre, ya mayor, decía algo así como: "la poesía es jugar con las palabras y que las palabras jueguen con nosotros." La poesía es algo más que eso y si sólo es eso, estamos apañados. La poesía, vuelvo a insistir, es una manera de relación con el mundo, muy compleja, con muchos planos a la vez. Por supuesto que es un juego de palabras, pero hay que saberlas colocar para que puedas expresar lo que quieras expresar. Es algo más.

Tengo la sensación de que, a la hora de elaborar proyectos, o a la hora de investigar formas, hay una serie de desconcierto general y, sobre todo los jóvenes, no saben muy bien qué es lo que están haciendo, ni a dónde quieren ir, ni de qué quieren ocuparse. Es

muy curioso, por ejemplo, que en las últimas jornadas, lo que haya surgido haya sido una especie de neocostumbrismo, de la noche de las grandes ciudades y poco más. Es un neocostumbrismo basado en el comportamiento de los jóvenes que no acaban de encontrar trabajo. No digo que esto no sea material literario, siempre lo ha sido. Digo que sólo con eso es difícil hacer buena literatura. Me da la impresión de que los críticos no tienen claro los criterios valorativos, de que se está imponiendo la mentalidad de que todo es creador, y que por tanto, toda persona es creadora y es artista cuando no es verdad. Es evidente que todos tenemos un potencial creador, que llevamos virtudes y cualidades artísticas; pero el arte es un ejercicio esforzado y no el fruto de un don que llega una mañana. No digo que el arte no requiera dones, por supuesto los requiere, pero no sólo eso. No hay jerarquización, no hay un canon.

Otra de las cosas que están empezando a difundirse, de una manera clara o implícita, es que todo, más o menos, vale lo mismo, cuando tampoco es verdad. No vale lo mismo el *Quijote* que la última novelita de un chico que le acaban de publicar y no sabe por qué. No se pone en claro casi nada. Los medios, por otra parte, en la sociedad mediática, ocupan un papel excesivo. Lo que no está en los medios no existe. Está en los medios aquello que se manipula para que esté. Tampoco los lectores saben muy bien ni lo que quieren, ni lo que le apetecen, ni lo que está bien o está mal. También están muy desconcertados. Yo creo que este desconcierto no es la primera vez que sucede en la historia, ni será la última, pero está dominando mucho una situación aparentemente rica en nuestro país.

*AJHCS*: ¿Cómo crees tú que ha cambiado el panorama literario actual en comparación con el de los años 70?

*IM*: Yo creo que te lo estaba diciendo al final de la última pregunta. Yo creo que hay una mayor riqueza. El número de novelas que se publican hoy es superior. Se está produciendo además un fenómeno muy curioso. El teatro se ha muerto, no existe. Entonces, los autores teatrales se han puesto a escribir novelas. Los medios generan sus propias estrellas. No me refiero sólo a los presentadores, me refiero a las modelos que acuden a los programas de cotilleo, y los más normales escriben sus memorias o confesiones sobre su vida. Pero hay algunos que se han atrevido a escribir una novela, y van a seguir escribiendo. Los periodistas, por supuesto, siempre han escrito novelas, pero vamos a distinguir. Así como ha habido un momento en la historia de la literatura, en la que el periodismo era un lugar de paz, que le proporcionaba al escritor el aprendizaje de contacto con la vida y el entrenamiento cotidiano con el idioma, de pronto se produce una demanda, o una tentación, de aprovechar una firma, o una cara, que sale a diario en un medio. Todo eso lleva a conferir a la producción literaria un aire efímero que está en contradicción con la pretensión del arte de perdurar.

En los años 70, lo que estoy diciendo ahora, no habría tenido sentido. Se da por sentado que uno escribe para hacerlo lo mejor posible, para comunicar con la gente

que le rodea, pero la pretensión última es que tu obra dure. Eso está en contradicción con una industria que lo que quiere es que la obra no dure. La obra tiene que ser sustituida por otra para vender más. Esto, unido a todo ese desconcierto del que hablaba antes en distintos planos del mundo de la cultura, está tintando de propósitos y de acabados efímeros a la obra literaria. Hay libros que pasan los años y no sólo no se caen, sino que van descubriendo nuevas facetas y nuevos valores. A mí me cuesta creer que gran parte de lo que se ha hecho en los últimos años vaya a ser recordado dentro de media docena de años. Insisto en que estoy en esa edad en la que el mundo nos parece que está mal hecho y, a lo mejor, el que está mal hecho soy yo.

*AJHCS*: ¿Podrías explicarnos qué importancia tiene la ciudad de Madrid en tu obra literaria?

*IM*: Madrid es el escenario de un porcentaje muy alto de mis novelas. Lo que sí te puedo decir es que quizá sea en *Ladrón de lunas* donde me he detenido a describirla. En el resto está ahí como una ciudad con su aliento propio de ciudad grande. Tiene una presencia, es decir que está condicionando los pasos de los protagonistas que discurren por ella, que está agudizando los conflictos si los tienen o que está ayudando a solucionar sus problemas. Pero no hay una descripción en el sentido galdosiano. Galdós es un formidable retratista de un momento de la ciudad. Yo no, salvo en *Ladrón de lunas* en donde me parece que sí estoy describiendo el Madrid de la inmediata posguerra, que es, evidentemente, una recreación de la memoria, porque yo tenía tres años cuando terminó la Guerra Civil. No puedo recordar gran cosa, pero son esas imágenes que se han quedado en la cabeza, y con eso, y con lo que he ido conociendo después, he reconstruido ese momento de la ciudad. Pero en el resto, Madrid está ahí configurándose como escenario vivencial de los protagonistas.

Por otra parte, quiero decir que Madrid es una ciudad que me gusta mucho. Yo soy madrileño, he nacido y he vivido toda mi vida aquí y, como todos los madrileños de pro, hablo pestes de esta ciudad, pero me gusta muchísimo y la quiero mucho. Sobre todo me gusta mucho el carácter de los madrileños, su manera de ser.

*AJHCS*: Ahora Madrid se valora a sí misma como ciudad europea y como fuente de muchas compañías y empresas multinacionales. ¿Cómo ves estas transformaciones de la ciudad como madrileño de toda la vida?

*IM*: A mí me resulta muy difícil verla porque he ido viendo la transformación de la ciudad. Cuando empecé a escribir, Madrid era una ciudad muy asequible, debería tener un millón y medio de habitantes, dos millones quizá, era muy cómoda para vivir. A partir de ahí he visto una transformación, a veces muy rápida. A mí me gusta mucho esta ciudad porque es muy acogedora. Madrid es una ciudad muy dura y los madrileños, los que hemos nacido en Madrid, sabemos cuán dura es esta ciudad a la hora de situarse, de establecer relaciones. Pero al mismo tiempo es muy acogedora, porque está hecha a que todos los días llegue la espuma de gente que viene a abrirse camino.

Madrid tiene también una parte muy entrañable, muy graciosa, muy pícaro, que es el seguimiento de esas carreras, y una formalización de las relaciones sociales que es muy campechana, y que requiere muchos años para saber qué es lo que está pasando cuando vives al lado de los madrileños. Cuando alguien dice: “ayer estuve con Manolito Fraga,” es muy difícil saber si el que te dice eso es compañero de colegio y amigo de toda la vida del señor Fraga Iribarne o, simplemente, puede haber ocurrido que entró en el mismo restaurante donde estaba comiendo Fraga Iribarne. En las dos ocasiones la persona dirá: “ayer estuve con Manolito Fraga,” pero no se puede distinguir qué es lo que ha pasado. Esto propicia una serie de juegos, de trato social, que son muy divertidos, que probablemente se da en todas las ciudades que son capitales, pero aquí tienen un toque.

También hay algo que me gusta mucho de Madrid y es la calle. La calle de Madrid me ha gustado siempre, la viveza, la animación; siempre puede ocurrir cualquier cosa y nadie se asombra. Todo el mundo quiere ver qué pasa con ese espectáculo, no se lo toma muy en serio. Todo ello genera, en la vida cotidiana, un comportamiento muy escéptico, como es lógico en las grandes ciudades, pero al mismo tiempo, ese escepticismo propicia una especie de comprensión hacia los demás. El madrileño está siempre diciendo: “bueno, esto siempre se puede poner peor, vamos a ver si lo dejamos así.” Lo que estoy diciendo con todo esto es que me gusta mucho esta ciudad.